

Palabras del Rector Eduardo Silva S.J.
Aniversario N°26 de la Universidad Alberto Hurtado

Estimada comunidad universitaria:

Celebramos este nuevo aniversario en un momento particular. Un momento en el que estamos buscando un rector o rectora para los próximos años, en los que tenemos que implementar un exigente Plan Estratégico para 2030 y mostrar los avances logrados en la acreditación institucional. Un momento, también, en el que estoy próximo a cumplir 8 años de rector.

Por lo tanto, parece oportuno y adecuado ofrecer una mirada de lo que han sido estos años. Pero esa mirada puede poner el acento en una suerte de balance y evaluación objetiva del periodo (o de los dos periodos), o puede poner el énfasis en aspectos más personales, más subjetivos. Esto último parece propicio, sintonizando con la celebración de nuestro aniversario que es un encuentro más interno de la comunidad hurtadiana, donde reconocemos a quienes han cumplido 10 o 20 años de trabajo en la universidad. Pero, por otro lado, al cumplir un ciclo es oportuno también mirar el conjunto y volver a ponderar lo que hemos logrado y los desafíos que todavía nos demandan y están pendientes.

Para resolver este dilema, me puse a revisar algunos de los saludos de aniversario anteriores y, al volver a mirar lo dicho, me fui entusiasmando y recorrí tantas palabras pronunciadas... Porque efectivamente en estos 8 años me ha tocado hablar varias veces. Muchas veces. En la inauguración del año académico, en el aniversario de la universidad, en las graduaciones, en seminarios, congresos y conversatorios y en un sinnúmero de actividades. Revisar esos saludos y discursos, a pesar de los problemas vividos, me fue gratificante y consolador. Pude constatar la riqueza de lo que hemos hecho, a pesar de las dificultades, precariedades y limitaciones.

Hoy, Paulette Landon, decana de Ciencias Sociales reconocida por sus dos décadas de trayectoria, nos ayudó a recorrer los grandes hitos que hemos vivido como comunidad en estos 26 años. ¡Gracias por ese recuento, Paulette!

Me animo, entonces, a partir con algo más personal... Lo primero que quiero decir es que me siento en casa. He participado de un proyecto que vi nacer y al que le he dedicado los últimos 26 años de mi vida. ¡Qué coincidencia!, porque justo estamos en el aniversario N°26. Podría decir, además, que participé de la prehistoria de la UAH... Lo que hoy llamamos "la universidad antes de la universidad", porque tuve el privilegio de ser profesor en los programas de magíster de ILADES, de jugar fútbol con el grupo de economistas que irrumpieron, de admirar profundamente al CIDE y a Pato Cariola, de ser formado en humanidades y filosofía en el Colegio Loyola, y usar desde hace mucho tiempo la Biblioteca Bellarmino. Pero no lo voy a decir, porque lo que sí quiero expresar es que el sentimiento de sentirme en casa estos años en la Universidad Alberto Hurtado significa para mí sentirme en familia.

Me he sentido acompañado y cercano a muchos y muchas de ustedes. Me siento cómodo, cómplice de un proyecto ambicioso y trascendente, parte de un sueño y una tarea compartida. Esto es anterior a los logros y fracasos, a los aciertos y los errores, a los talentos y los límites celebrados y padecidos en estos largos años.

Lo segundo que quiero decir, y que también es personal, es que estos 26 años los he vivido desde mi identidad jesuita. Me he sentido en casa en la universidad jesuita de Chile, aportando desde mi vocación, desde mi sacerdocio, desde mi pertenencia a la Compañía de Jesús. He sido inevitablemente un académico, un decano y un rector jesuita. Por ello, en este momento de balance, de lectura, de examen, lo que me aflora es justamente el examen ignaciano.

Me atrevo, por tanto, a compartir con ustedes este tesoro, invitándolos a que puedan y podamos -personal y colectivamente-, realizar y experimentar lo que San Ignacio llamó la pausa diaria. La pausa o el examen diario es un momento de reflexión; un espacio en que nos detenemos para mirar lo recorrido, para aprender de la propia experiencia y para ver el paso de Dios en nuestras vidas. Es una herramienta que nos ayuda a vivir la vida, dándonos cuenta de lo vivido, para no pasar por encima ni de largo; nos invita a valorar los detalles, a las personas y los encuentros cotidianos, las decisiones que día a día tomamos, las conversaciones que tenemos, lo que hacemos y lo que dejamos de hacer.

Esta pausa diaria está compuesta por 3 momentos: agradecer, pedir perdón y pedir ayuda. En primer lugar, hay tanto que **agradecer**. Como lo ha hecho Pedro Maira en representación de los funcionarios que cumplieron una década en la institución, es importante saber dar las gracias. En este período me ha tocado ocupar distintos roles y desempeñar diversas tareas, siendo el rectorado la más desafiante y también gratificante.

Es cierto que las tareas de dirección a menudo son ingratas, difíciles, pero no me ha faltado nunca apoyo, soporte, ni cariño. En cada lugar todo fue posible gracias a lo que otros y otras hicieron. Llevadera es la carga cuando se la comparte. Lo saben los vicerrectores, los decanos, los directores de departamento y de carrera y las direcciones centrales. Sin los equipos es una tarea imposible; sin los consejos y correcciones, sin las críticas y felicitaciones, sin puntos de vista distintos y sin los acuerdos no es posible conducir.

Todos y todas experimentamos que, lo que hacemos, depende de lo que otros hacen. En otras palabras, mi buen servicio hace posible el que presta el otro. Cada uno hace una parte, que es completada por el otro. Por eso, lo primero en este nuevo aniversario es agradecernos unos a otros. Les agradezco el esfuerzo que ponen diariamente, agradezco el compromiso y fidelidad con el proyecto. Creo que es justo y necesario, es nuestro deber y salvación que nos demos cotidianamente las gracias unos a otros. Gracias por los miles de trabajos y quehaceres, gracias también por nuestra solidaridad y adhesión a una misión que nos sobrepasa y que nos llena de energía. Gracias a la generosidad, empeño y confianza que nos regalamos cada día. Demos gracias a Dios por los fecundos 26 años de vida y de servicio que hoy celebra la Universidad Alberto Hurtado.

En segundo lugar, la pausa diaria invita a **pedir perdón** y a reconocer en qué nos hemos equivocado. En estos 26 años, y también para mí en estos últimos 8 años, ha habido momentos gratos y otros muy difíciles, con logros y fracasos, con satisfacciones y frustraciones. De dulce y agraz. Cuando partí como rector, me junté con las facultades y equipos de las unidades centrales. Habiendo sido decano era muy consciente de las demandas por mejor funcionamiento, por más holguras para llevar adelante nuestras tareas y trabajo. Aun cuando hemos avanzado, es evidente que no hemos logrado tener esas holguras.

El financiamiento del proyecto sigue siendo un desafío. La complejidad, excelencia e integración a la que aspiramos requieren de recursos y los aranceles regulados no alcanzan. Pido perdón por ello.

A varios les he comentado que los tiempos de pandemia han sido de los más difíciles de mi vida. Para todos y todas implicó sacrificios, dolores, restricciones y límites que a veces nos sobrepasaron. No es infrecuente que el trabajo se haga más difícil por los problemas personales que tenemos con otros. No siempre nos escuchamos; a menudo actitudes y modos de ser de otros, lejanos o cercanos, nos incomodan y molestan. Gozamos de los talentos de los demás, pero también padecemos sus limitaciones. Pero lo inverso también es cierto: nuestros defectos y equivocaciones perjudican a otros. En eso consiste el examen: caer en la cuenta de que hay cosas que no hicimos bien o hicimos a medias.

Además de solucionar los conflictos, además de poner remedio, además de luchar por los cambios necesarios, además de la justicia está la misericordia. Se nos pide un imposible, que favorece nuestra convivencia, y no vivir de los reproches, de las quejas o de las venganzas. Pedir perdón es necesario si me doy cuenta de haber cometido un error que perjudica a otros. Perdonar, en cambio, no es un exigible. Ambos son una posibilidad que permite recomenzar más ligeros y recuperar la confianza, para ayudarnos a seguir caminado juntos. Los invito a pedirnos perdón, pues hace más fácil que nos perdonen. El perdón es tan gratis como dar las gracias (aunque más difícil).

En tercer lugar, la pausa ignaciana invita a **pedir ayuda**. Aquí quiero pedirles que mantengan el compromiso mostrado con el proyecto que hemos construido, que perseveremos en el trabajo y en el esfuerzo frente a los desafíos que tenemos como país y como universidad. La ayuda mutua es imprescindible para el trabajo cotidiano, para la tarea bien hecha. Nos pedimos ayuda unos a otros pues lo que se viene no es fácil. No solo me refiero al cierre del semestre o a la preparación del próximo año, que ya son agotadores. Hoy nos pedimos ayuda como comunidad para hacer el informe de autoevaluación y disponernos a la acreditación institucional, junto con implementar los avances necesarios de nuestra Planificación 2030 con sus 14 proyectos, que no es poco.

Dicho esto, que celebremos este aniversario agradeciéndonos, pidiéndonos perdón y pidiendo ayuda, puedo pasar a lo segundo. Les pido paciencia, porque quizá estas son mis últimas palabras. Ahora quiero intentar desentrañar lo que somos y hemos hecho en estos 26 años; lo que nos caracteriza, nos da identidad y define. En este punto me atrevo a compartir con ustedes tres ideas: **somos una comunidad, somos una comunidad universitaria y somos una comunidad universitaria de la Compañía de Jesús**.

La primera idea o característica es que **somos una comunidad**. Un grupo de personas (menos de 150 hace 26 años, cerca de 10 mil hoy día, 15 mil para el 2030), congregados en torno a una misión. Somos una comunidad de comunidades: comunidad académica, comunidad de estudiantes, comunidad de funcionarios, con profesores colaboradores, con servicios externos, con *Alumni* que siguen siendo nuestros embajadores.

Una amplia y diferenciada comunidad de universitarios. Con diferencias, con conflictos, con intereses diversos, con dificultades de convivencia. Con roles muy distintos, con distintos niveles de adhesión a la misión, con algunos más indiferentes para quienes esto es simplemente una pega, y con otros muy comprometidos. Con muchas personas que partieron y ya no están, con tantos que todavía no han llegado. Una comunidad obligada a renovarse con los 2 mil alumnos que llegan cada

año, que se renueva constantemente y que consiste en una transmisión, en una tradición que se entrega.

Y frente a esta misión que compartimos y que nos hace comunidad -pausa ignaciana mediante-, lo primero que brota y que nos nace es agradecer. Agradecer nos obliga a reconocernos como deudores de otros que nos han precedido. Es saber que somos parte de una caravana, que nos vamos entregando un báculo, un testimonio que va enhebrando nuestra historia y una historia que nos excede. Se trata, por tanto, de reconocernos vinculados. Solidarios unos de otros al servicio de una misión y no llaneros solitarios al servicio de nuestro propio querer e interés. Somos personas que pertenecemos a comunidades, formando una universidad al servicio del bien común.

Somos una comunidad de estudiantes inclusiva. Muchos y muchas son la primera generación de profesionales en sus familias. Agradecemos el esfuerzo de ellos/as y el nuestro para remontar brechas y dificultades múltiples; agradecemos nuestra capacidad de inclusión y la política de gratuidad a la que estamos adscritos con todas sus dificultades.

Somos una comunidad académica de calidad, con investigadores y profesores. Tenemos el lujo de contar con excelentes maestros/as que dan sus mejores energías para formar a nuestros y nuestras estudiantes. Pero qué sería de estas comunidades de estudiantes y académicos sin todas las personas que hacen posible la marcha de la universidad: administrativos, profesionales, empresas externas y directivos/as que estamos al servicio del milagro de aprender, permitiendo que el encuentro entre maestros/as y estudiantes se produzca.

Somos una comunidad hurtadiana que nos invita al cuidado de cada una de las personas, al cuidado de la comunidad. Y claro, por mil razones, porque no siempre nos damos el trato que nos merecemos, ya empieza a asomar -pausa ignaciana mediante- la necesidad de pedirnos perdón unos a otros.

Los tiempos vividos han sido difíciles. Hemos tenido serios problemas de convivencia estudiantil, hemos padecido largas y destructivas tomas estudiantiles. Un año antes de asumir la rectoría, por una toma, se incendió el edificio de Alameda; al año siguiente tuvimos la toma más larga que incluyó la ocupación de la oficina del rector; después vino la toma feminista, y no pocas decapitaciones y funas entre estudiantes.

En nuestras aulas y en las de muchas universidades se fue engendrando el estallido y la revuelta. La violencia es de las formas más graves de maltrato. Posteriormente, la pandemia nos puso nuevos desafíos de cohesión y mantención del vínculo comunitario y, finalmente, hemos tenido que abordar los problemas de salud mental. Acabo de decir que nos vemos afectados por los defectos de los otros/as, porque las cosas no se hacen como lo esperamos, que se tardan más de la cuenta, que debían estar para ayer y ya es mañana. Debemos contantemente cultivar la paciencia y pedir perdón, que así es más fácil que nos perdonen. No es fácil ser una comunidad.

La segunda característica de la UAH es bastante obvia: **somos una comunidad universitaria**, definida por el quehacer académico. Una comunidad marcada por la complejidad del quehacer universitario. Una universidad que investiga, que forma y que difunde el conocimiento, con un proyecto exigente y desafiante. Mi empeño ha estado puesto en hacerme cargo de este mandato y no cejar en los esfuerzos para defender que somos una universidad. Veo en esto un acento de mis años de rector: ¡Bienvenidos a pensar!

Como lo he dicho antes, estamos desafiados por muchas urgencias. Somos demandados por múltiples tareas, nos debemos y empeñamos en muchas causas, y está muy bien que las acometamos, pero hay una sola que no podemos dejar de hacer, pues solo nosotros -las universidades- la hacemos: “el cultivo y la transmisión del saber superior”. Eso nos define. Esto es caro, exigente, difícil, pero es lo esencial y distintivo de nuestra misión. Con aciertos y errores, me he abocado a profundizar nuestro proyecto académico, fortaleciéndolo como proyecto intelectual y no solo social.

Finalmente, me refiero a la tercera característica, que tiene mucho que ver con que esta comunidad universitaria es ignaciana. Es una universidad jesuita. Así, en medio de los desafíos de ser una comunidad y de la complejidad universitaria, hay un *ethos* que nos atraviesa. Me atrevo a decir que, en ese *ethos*, en esta identidad, se juega parte importante del sello hurtadiano de nuestra universidad. ¿Cuál es el sello de nuestra comunidad universitaria? ¿Qué nos especifica? Traigo a colación algo a lo que me referí en la celebración de los 20 años: **“Articular polaridades parece ser nuestro oficio”**. Estamos plagados de tensiones, de polaridades y de contradicciones que tenemos que ser capaces de articular.

La misma idea de comunidad no es posible si en ella no se conjugan dos polaridades, dos exigencias: la libertad y la fraternidad. Por un lado, autonomía, libertad, individualidad y, al mismo tiempo, pertenencia, vínculo, comunidad y fraternidad en torno a un proyecto compartido y una misión que nos es común. Es el vínculo el que hace que no seamos solamente individuos, pues podemos ser individuos gracias a lo que hemos recibido.

La idea de universidad, con la centralidad de lo académico que no me cansaré de subrayar, no se vuelve solo sobre sí misma, cual torre de marfil, pues qué serían estas comunidades académicas que cultivan el saber sin nuestros/as estudiantes que justifican nuestros desvelos. Por ello articulamos las polaridades de la investigación y la docencia.

Qué serían los académicos, sin una sociedad que nos demanda, que nos interpela. Estamos al servicio de la transformación social. “Cambia el mundo”, fue nuestro slogan por muchos años; “Universidad para el bien común”, proclamamos hoy. Queremos establecer vínculos creativos y virtuosos con el medio. La conmemoración de los 50 años nos ha recordado hasta la médula que somos parte de un país y que nuestro corazón universitario late con los dolores y esperanzas del país.

Articular polaridades es nuestro empeño, y es muy ignaciano, pues implica discernir, ponderar, integrar, acoger y encarnar. Por ello tenemos la impresión de que no somos capaces de cuadrar el círculo. La sustentabilidad académica parece que no es compatible con la sustentabilidad económica. Y queremos tanto con tan pocos recursos. Alta calidad y, al mismo tiempo, alta inclusión. Y nos hacemos cargo de una brecha, de una enorme distancia entre el perfil de ingreso y el de egreso, pues integramos a los/as que son vulnerables, a los/as que tienen menos capital cultural, a los/as que llegan con déficit en su enseñanza secundaria, pero no bajaremos el nivel. La excelencia académica debe ser compatible con nuestra inclusión e integración. Sería tanto más fácil si nos dedicáramos a reproducir la elite; pero no seríamos ignacianos.

También hay una tensión entre nuestra calidad y nuestra cantidad. Por los años y áreas de la acreditación institucional estamos en el lugar 15 (entre las grandes), pero por nuestro tamaño, en

el lugar 33 (entre las pequeñas). Por ello, en nuestro Plan Estratégico 2030 nos hemos propuesto crecer.

Somos una universidad con una tradición centenaria, pero abierta a la innovación y la creatividad. Queremos articular tradición y novedad. Herederos de las instituciones que nos crearon y que nos instalaron en las humanidades, ahora nos hemos abierto a las ingenierías. Necesitamos 25 años para dejar de ser una universidad focalizada solo en algunas disciplinas, los mismos años que necesitamos para abrir otro campus (nuestro Campus B), además de nuestro campus patrimonial en el centro de la ciudad.

Somos una universidad capaz de discernir y de ir articulando polaridades. Comprometida, encarnada en la sociedad, incidente en políticas públicas y, al mismo tiempo, con la distancia reflexiva que nos permite dar un aporte universitario y no una mera opinión ideológica. Llenos de convicciones y también de palabras críticas, capaces de sospechar también de nuestros puntos de vista, abiertos a ser convencidos por el mejor argumento.

Quizá nos atraviesan las pasiones que atravesaron a Alberto Hurtado, nuestro patrono: una pasión y curiosidad por el saber; una pasión por hacer de ese mundo un lugar mejor. Pasiones, ambas, que hunden sus raíces en una experiencia auténticamente espiritual. Lo intelectual es profundamente espiritual, y es espiritual ser tocados y conmovidos por las necesidades y los desvelos de los demás. Esa pasión que en Alberto Hurtado es la experiencia del amor incondicional de Dios, y que lo urge a entregarse al prójimo.

En nuestro caso, esa entrega es universitaria y está mediada por el cultivo y la transmisión del saber superior. Es una entrega a nuestros y nuestras estudiantes, a nuestra sociedad; una misión compartida con nuestros/as académicos/as y funcionarios/as, pues todos ellos nos importan, conmueven e interpelan. Por esa fe que nos convoca somos una universidad confesional, misional, creyente, capaz de acoger, respetar y querer lo que cada uno/a de nosotros cree. Porque a todos y todas nos anima nuestra fe, nuestras creencias, nuestros sueños. La fe en un proyecto universitario que nos es común.

Hoy celebramos esa pasión que nos une, que nos da sentido y una misión que nos constituye como comunidad universitaria jesuita. Que este aniversario nos ayude a profundizar nuestra comunidad universitaria entrelazada por lazos de cariño y cuidado mutuo; que nos dé lucidez para que el nuestro sea un aporte fundamentalmente universitario en lo que investigamos, enseñamos y transferimos; que nos ayude a discernir entre las tensiones y polaridades que nos constituyen, para ser capaces de articularlas ignacianamente. Pero, sobre todo, que este nuevo aniversario nos impulse a seguir dando gracias por tanto bien recibido, por lo que somos y lo que queremos ser; que nos invite a pedirnos humildemente perdón unos a otros, pues nadie está a la altura de sus propios sueños, y que renueve la confianza en que podemos contar con los otros, para pedirnos ayuda y seguir construyendo juntos/as este proyecto universitario que es nuestra misión común.

¡Muchas gracias y feliz cumpleaños!